Nº 22

Marzo 2021

Seguimos Caminando

Secretariado de pastoral
de las vocaciones

Seminario Conciliar
de San Indalecio de Almería

Sumario

Seguimos Caminando nº 22
Marzo 2021

Depósito Legal
AL-70-2006

Edita
Seminario Diocesano de Almería
© Obispado de Almería

Maquetación e impresión
A. Gráficas M-3 (Almería)

Responder a la llamada de Jesús, un reto para los jóvenes (S. E. R. Mons. Adolfo González Montes) 3

San José y el seminario: un patronazgo con historia que debe seguir animando el cuidado de las vocaciones sacerdotales (Javier Ocaña Gámiz) 8

San José, modelo de santidad (Francisco Jerónimo Ruiz Gea) 11

Dios lo quiso así (Eduardo Alberto Henríquez Osorio) 13

De marzo a mayo de 2020: crónica de un confinamiento 15

Vida sacerdotal (Francisco Salazar Zamora) 19

Llamó a los que quiso para que estuvieran con él (Cristo José Acién Mayor)..... 22

Testimonio de mi vocación (Pablo Torres Torres) 24

Algunas actividades y acontecimientos del último año 27

Colabora con nosotros..... 30

Entrevista a un preseminarista 31

Síguenos en nuestra página web y en las redes sociales..... 33

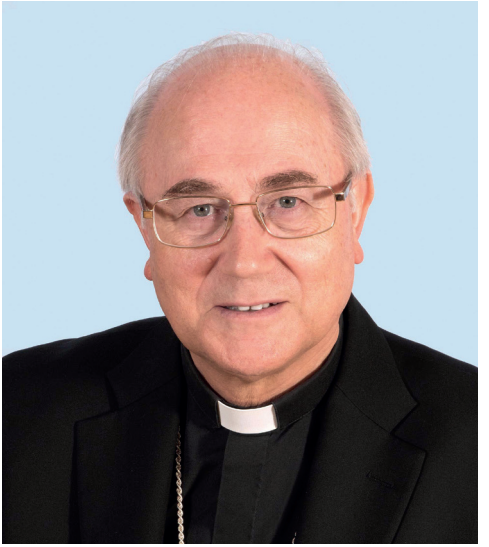
Oración 35

Responder a la llamada de Jesús, un reto para los jóvenes

Queridos seminaristas y jóvenes:

Quisiera hacer unas reflexiones en voz alta sobre el estado en que nos encontramos a la hora de evaluar la acción vocacional que llevamos a cabo en la diócesis, en unas circunstancias ahora más difíciles debido al estado de pandemia que padecemos. Por esto, comienzo estas líneas aludiendo al hecho bien contundente de cómo el estado de pandemia ha impedido las actividades propias de la campaña del Seminario en 2020 y ya ha afectado de hecho a la nueva campaña que tenemos proyectada en torno a la fiesta de san José. Ante esta situación el Santo Padre cambió el año pasado la tradicional jornada del Seminario, con la esperanza puesta en que la pandemia que arreciaba en marzo pasado hubiera cesado para el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada. Desde entonces hemos padecido la segunda y tercera ola de esta dura enfermedad, y llega de nuevo la fiesta de san José, tradicional día del Seminario en las diócesis españolas, viendo que tenemos que sortear de nuevo la situación de pandemia que no ha cesado. Nuestros movimientos siguen estando limitados por el contagio del virus.

En este año que hemos vivido acosados por el coronavirus, los formadores del Seminario han echado mano de algunas sesiones de videoconferencia para convocar los tradicionales encuentros con los adolescentes y jóvenes que cultivan su vocación en las parroquias, encuentros que este año han sido virtuales incluyendo una hermosa jornada de oración por las vocaciones.



Aun así, valorando positivamente lo conseguido, no es lo mismo movernos en el terreno de lo virtual que encontrarnos personalmente unos con otros, conversar e interactuar, marchar juntos, pararnos y debatir, rezar unidos y adorar el misterio de la presencia del Señor en la custodia. Nuestros seminaristas con el liderazgo de los formadores vienen encontrándose todos los años con los párrocos y los grupos parroquiales de discernimiento y oración de carácter vocacional; y también, visitando los colegios católicos y algunas clases de Religión, para encontrarse con los niños, los adolescentes y los jó-

venes que se interesan por la propuesta que no cesamos de hacer a todos ellos. Las preguntas que planteamos a los chavales y a jóvenes tienen el propósito de abrirles a la llamada de Jesús a seguirle para colaborar con él en la salvación del mundo. Les planteamos preguntas así: ¿Te has planteado si también a ti te llama Jesús para trabajar con él en el anuncio del Evangelio? ¿Te gustaría hacer presente a Jesús en la comunidad parroquial y allí donde vayas como sacerdote? Luego les aclaramos que según la palabra del mismo Jesús: quien ha sido llamado para estar con él y actuar en su nombre se encuentra en la situación de quien ha sido llamado no para cualquier cometido apostólico, sino para representar a Jesús mismo en persona. Por medio de la palabra y la acción del llamado para colaborar con él en el ministerio pastoral, es Jesús mismo quien sale al encuentro de cada persona, lo que ocurre gracias a que quien ha sido llamado ha respondido a Jesús que sí, que quiere vivir para amarle y marcharse con él a anunciar el reino de Dios. Responder que sí a Jesús es entrar en el grupo de los amigos más íntimos del Señor y ayudarle a dar a conocer a Dios Padre, anunciar su amor y misericordia por todos los seres humanos y llevar a cuantos reciben el anuncio del Evangelio a la comunión de la Iglesia, donde Jesús está permanentemente presente para seguir salvando a cuantos acuden a él.

A los jóvenes, pues, les acabamos planteando si les gustaría celebrar la Eucaristía para que, por su palabra, que se convierte en la palabra de Jesús, el pan y el vino sean el Cuerpo y la Sangre de nuestro Salvador, que dan la vida divina a quienes los reciben. Preguntamos a los muchachos con capacidad de comprenderlo, si les gustaría llevar la alegría del perdón de Dios a quienes se arrepienten de sus

pecados y necesitan hallar la paz de la conciencia, y están dispuestos a intentar comenzar de nuevo y con ilusión de cambiar su vida; o mejor, dejar a Dios que les cambie la vida. También, sin esquivar la gravedad de lo que se pregunta, si están dispuestos a ver en los enfermos el rostro de Jesús sufriente, y quieren llevar a los ancianos y a las personas impedidas el consuelo de recibir a Jesús en la sagrada Comunión, acompañar a los más pobres y necesitados y, siempre y en todo momento, estar al frente de la comunidad cristiana con el corazón lleno de caridad pastoral.

Los chavales y los jóvenes de primera juventud lo entienden todo bien y saben lo fascinante que es aventurarse por este camino de discipulado, de seguimiento estrecho del único Buen Pastor. Para seguir a Jesús, algo que los jóvenes perciben pronto es que han de vencer la natural inclinación a no dejar las cosas que tejen la vida de todo el mundo, y ser apartados en cierta medida del común de los compañeros y amigos que tienen. Lo perciben bien y sienten que eso cuesta mucho hacerlo, porque siempre cuesta dejar la ilusión ser un día el profesional que a uno le gustaría ser, encontrar con quién compartir en el matrimonio el amor y la vida, y no renunciar a fundar una familia. Son las grandes cosas de la vida que a quien está naciendo a la maduración de la juventud adulta le llenan la mente y el corazón, cosas a las que hay que añadir la aspiración a ganar dinero y tener un día el bienestar al que un joven puede aspirar, sobre todo si piensa en tener una familia.

Es verdad, son aspiraciones fundamentales para cualquier joven serio y alejado de la marginación en que la falta de trabajo coloca a multitud de jóvenes, tentados por mil escapismos o la droga y la pornografía, atrapados en las redes sociales y la desconfianza ante una sociedad que no resuelve con generosidad el estado de los jóvenes sin salida.

Hay además otras cosas que el seguimiento de Jesús pide a un joven que siente la llamada vocacional: como renunciar a la libertad de hacer lo que uno quiera en cada momento, dar marcha atrás si le parece que se ha equivocado en lo que está haciendo, algo que el que cree tener vocación y muchas dudas no deja de considerar desalentador. Se pregunta en búsqueda de respuesta: ¿no podría mantener esta libertad sin otra disciplina que el placer, el deseo o la voluntad de hacer o dejar de hacer según los gustos propios y las compensaciones inmediatas? ¿Por qué la vocación pide tanto como poner a disposición de Jesús todo lo que uno es y tiene, entregándole el corazón y renunciando a otro amor que no sea el de Jesús que le llama y le pide su entera persona?

Renunciar asusta a cualquier joven, hoy inclinado a lo fragmentario y líquido, no dispuesto a entrar por un camino sin retorno, contrario a elegir

cerrándose en la elección otras posibilidades; atándose a lo que ahora ha elegido sin sentir que ha perdido la libertad de mañana por haberlo hecho para siempre. ¿Acaso no son conciliables unas y otras cosas con la vocación? ¿Es que el joven llamado a seguir a Jesús tiene que sacrificar incluso los gustos hasta en el porte externo, las aficiones y los espacios lúdicos que cada cual puede tener?

Claro que pueden ser conciliables muchas cosas, pero otras no lo son. Hay situaciones personales en las que de muchas de las cosas aludidas, en principio un muchacho tiene que saber prescindir cuando elige el seguimiento de Jesús. Es cierto que pueden ser medios de evangelización, porque el anuncio del Evangelio y el liderazgo en la Iglesia se potencian muchas veces según los dones naturales de cada cual y hasta por sus gustos y habilidades, pero estos pueden ser asimismo obstáculos al ejercicio del ministerio pastoral, espacios personales que impiden que los demás puedan llegar al Señor. El amor a Jesús que se exige al que tiene vocación, o es radicalmente entero don de sí mismo, o bloquea el acceso que él tiene que abrir a los demás para que lleguen a Jesús.

La palabra de Jesús es inquietante y desestabilizadora: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí… El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 10,37.39). Sí, la palabra de Jesús entristeció al joven rico que buscaba saber qué le faltaba, después de haber cumplido los mandamientos desde su infancia, cuando Jesús le respondió: «Una cosa te falta: vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme» (Mc 10,21). No podemos ocultárselo a los muchachos cuya vocación cultivamos y deseamos se fortalezca con el tiempo, y madure después en el Seminario hasta llegar a la meta.

Con esto no hemos de ver todo en la perspectiva de la renuncia, porque los jóvenes son generosos y capaces de riesgo y su esperanzadora proyección al futuro les hace idóneos para el seguimiento del Señor. Por eso, nuestro deseo es que esta pandemia cese pronto, para que el equipo responsable de las vocaciones sacerdotales pueda verse con los grupos de muchachos de las parroquias que están en contacto con los seminaristas. Entre ellos, los hay que forman parte de los grupos vocacionales y otros ya han dado los primeros pasos para entrar en el Seminario como preseminaristas o seminaristas menores externos, que tantean los signos vocacionales que tienen, clarificando con ello su conciencia. Estos últimos tienen su programa de encuentros y convivencias en el mismo edificio del Seminario Menor, donde comienzan su discernimiento y formación. Distinto es el caso de los jóvenes que dejan su trabajo o sus estudios ya iniciados en la Universidad y entran en

el Seminario para cursar en el Centro de Estudios Eclesiásticos Filosofía y Teología, y comenzar la marcha hacia el fortalecimiento de la vocación y su preparación humana y espiritual, intelectual y pastoral como candidatos a las sagradas Órdenes. Para estos últimos se ha introducido un curso introductorio, adaptable a su situación personal.

Son, pues, situaciones diversas y todas ellas contempladas con cuidado, para atender la llamada de Dios a seguir el camino del ministerio pastoral con Jesús al servicio de la comunidad eclesial y la evangelización de nuestra sociedad. Jóvenes en situaciones distintas tienen cabida siempre en nuestro Seminario, si reúnen los signos y las características que pide la vocación al ministerio pastoral de la Iglesia.

Ahora, cuando se cumplen los ciento cincuenta años de la declaración de san José como Patrón y Protector de la Iglesia le pedimos que proteja las vocaciones de nuestros días, pues a él se las confía la Iglesia, la familia de los hijos de Dios. Le pedimos a san José, esposo de la Virgen María, que interceda con ella por las vocaciones, porque él fue elegido por Dios para ser custodio fiel de la Sagrada Familia, en la que Jesús creció en sabiduría y en gracia para llevar a cabo la misión que el Padre le había confiado.

Quiera el Señor acompañar el camino de nuestros seminaristas hacia la meta del ministerio sacerdotal, y abrir el corazón de los muchachos y jóvenes a la llamada de Jesús para que podamos acogerlos como nuevos seminaristas.

Os bendice de corazón

+ Adolfo González Montes
Obispo de Almería

San José y el seminario: un patronazgo con historia que debe seguir animando el cuidado de las vocaciones sacerdotales

En este Año josefino en el que nos encontramos, con motivo del 150º aniversario de la declaración de san José como Patrono de la Iglesia Universal, desde el Seminario Diocesano de Almería nos sentimos movidos más si cabe a poner nuestra mirada en san José. Este aniversario nos invita a profundizar en su misión y en sus virtudes, y también a crecer en devoción al que invocamos como patrón de los seminaristas. Por ello, la ocasión es propicia para hacer memoria y recordar, aunque sea brevemente, los motivos de este patronazgo de S. José sobre cuantos se preparan al sacerdocio ministerial.

En realidad, que S. José sea considerado patrón de los seminaristas es una peculiaridad de España con unos fundamentos bastante identificables. En concreto, tiene como origen remoto un acontecimiento y una figura: el acontecimiento es, precisamente, la proclamación de S. José como patrono de la Iglesia universal en 1870 y la figura es el Beato Manuel Domingo y Sol (1836-1909), fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos. Este gran promotor de las vocaciones sacerdotales comenzó su apostolado en pro de la formación de los futuros sacerdotes fundando colegios para seminaristas sin recursos. Todos aquellos colegios,

comenzando por el primero que fundó, en Tortosa (año 1873), se pusieron bajo el nombre y patrocinio de S. José, en una época de gran fervor josefino a raíz de la proclamación de su patronazgo sobre toda la Iglesia universal.

A la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, a la que también puso bajo la protección del santo Patriarca, se iría encomendando la dirección de un buen número de seminarios españoles. En este contexto, en el año 1921, declarado «Año jubilar josefino» por el Papa Benedicto XV (con motivo del cincuentenario de la proclamación de san José como patrón de la Iglesia universal), el obispo de Tortosa Pedro Rocamora instituyó el «Día de la Obra del Fomento de Vocaciones

Eclesiásticas», fijando el 19 de marzo, solemnidad de S. José, para su celebración anual, al considerar al santo como verdadero protector y abogado del fomento de las vocaciones eclesiásticas. En 1922 se emprendería esta misma iniciativa en Plasencia, en este caso por impulso del operario diocesano Beato Pedro Ruiz de los Paños (1881-1936). Al año siguiente, el papa Pío XI daría un espaldarazo a estas iniciativas pioneras por medio de su carta *Dolendum*, por la que instituía en Roma un día para rogar por las divinas vocaciones, expresando el deseo de que ello sirviese de ejemplo para toda la Iglesia (cf. *Acta Apostolicae Sedis* 15 [1923] 348-349).

A partir de entonces, el ejemplo cundió en las diócesis españolas, pues progresivamente todas instituirían el «Día del Seminario». Nuestra diócesis de Almería fue una de las que más tempranamente adoptó la iniciativa, de la mano del obispo agustino Fr. Bernardo Martínez Noval. Y es que dicho prelado instituyó dicha jornada el año 1926, fijándola el día 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada concepción de María. No debe extrañar la fecha escogida, pues al principio no hubo un criterio unánime entre las diócesis españolas en relación con la fecha en que debía celebrarse el Día del Seminario. Sin embargo, pocos años después se generalizaría en España la celebración de dicha jornada en la festividad de san José, teniendo mucho que ver en ello el impulso de los operarios diocesanos.

Una vez terminada la Guerra de 1936 a 1939, en la que más de 4.000 sacerdotes seculares fueron conducidos al martirio, se puso en marcha en todo el país una intensa promoción de las vocaciones sacerdotales, acudiendo con

renovado fervor a S. José como intercesor por tales vocaciones y referente para los seminarios. En lo que se refiere a Almería, Mons. Enrique Delgado Gómez, primer obispo de la Diócesis al terminar la contienda (después de una sede vacante que duró desde 1936

a 1943) fue quien, a los pocos meses de tomar posesión del obispado, decidió pasar el Día del Seminario al 19 de marzo. Lo hacía mediante circular de 1 de febrero de 1944, argumentando que, «si es cierto [...] que ninguno acude a él [S. José] sin que al punto se sienta socorrido [...], ¿qué hemos de decir cuando se le encomiende nada menos que el sustento de los ministros de Dios? ¿Acaso no fue él el padre *nutricio* de Jesús, cumpliendo su oficio cual conviene al *vir justus*? ¿Y no son los sacerdotes alter Christus en quienes necesariamente tiene que ver él la imagen de su Jesús?» (*Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Almería* 2 [1944] 20).

Desde entonces, cada 19 de marzo y en los días previos a la festividad, en los que se desarrolla la campaña del Día del Seminario, nuestra diócesis ha vuelto su mirada a esta institución a la que se encomienda formar a los futuros ministros del Señor. Este año, a pesar de la situación poco propicia que supone la persistencia de la actual pandemia, estamos llamados a renovar con energía nuestro esfuerzo en bien de las vocaciones sacerdotales, mediante la oración y la colaboración material; y a intensificar nuestra confianza en la intercesión de san José en esta efeméride que estamos celebrando, y de la que hemos de desear que produzca numerosos frutos. Acudamos a quien con justicia invocamos como patrón de los seminaristas. Pues si el justo José hizo de cabeza de familia en el hogar de Nazaret, cuidando de Nuestro Señor Jesucristo durante sus años previos al inicio de su vida pública, así es lógico que al mismo S. José se encomiende el cuidado, mediante su intercesión, sobre los jóvenes llamados a configurarse con Cristo por el sacramento del orden, mientras se preparan para la «vida pública» sacerdotal en ese hogar que ha de ser el seminario. Al santo Patriarca le pedimos que no falten esos otros Cristos que tanto necesitamos: sacerdotes dispuestos a entregarse con generosidad e ilusión en la misión de Cristo redentor para la salvación del género humano.

Javier Ocaña Gámiz
Rector del Seminario Conciliar

Celebramos un año más el Día del Seminario y lo hacemos en torno a la fiesta de san José, patrón, también, de las vocaciones sacerdotales. La campaña de este año está enmarcada en el Año de san José con motivo del 150º aniversario de la proclamación de este santo como patrono de la Iglesia universal por el papa beato Pío IX en el año 1870. San José sigue velando por la Iglesia, necesitada –como Jesús niño– de protección y de continuos desvelos y sigue velando también por las vocaciones sacerdotales.

En san José tenemos un modelo para nuestra vida de santidad ya que su vida estuvo coronada de muchísimas virtudes. San Mateo, al presentar al Santo Patriarca, escribe: «José, su esposo, como era justo…» (Mt 1,18). Esta justicia no es solo la virtud que consiste en dar a cada uno lo que se le debe; es también santidad, es cumplimiento de la voluntad de Dios. Dios se fio de él hasta el punto de encomendarle a la Santísima Virgen y a su Hijo. Y no quedó defraudado.

Muchos son los aspectos y virtudes que podríamos señalar de san José, pero me voy a centrar en estos tres aspectos que tienen que ser importantes en la vida de un sacerdote: la importancia de cumplir y obedecer en todo momento la voluntad de Dios, la importancia del trabajo y, cómo no, el cuidado de la vida interior.

En primer lugar, San José nos enseña a cumplir y a obedecer en todo momento la voluntad de Dios y a ser siempre fieles a nuestra vocación. José vino al mundo para hacer de padre del Hijo de Dios, de la misma manera que cada hombre viene al mundo con un peculiar encargo divino que es el que le da sentido a su vida. Ahí radicó su gloria y su felicidad, en cumplir la voluntad de Dios y en llevarla a cabo fielmente hasta el final. San José fue dócil a la voz del Señor, aunque fuera en sueños. Se acomoda a los planes divinos sin protestar. Hemos de tener en cuenta que el nombre de José significa, en hebreo, «El Señor añadirá». José sabía que Dios, a su vida, añadiría todo aquello que él no había podido realizar.

A san José no se le oye en el Evangelio; es el hombre del silencio. No es que fuera tímido o desempeñase un papel intrascendente, sino que vivió para

adentro todo el misterio de la Encarnación. Su vida estuvo llena de gozo y de cruz: la aceptación de las circunstancias en que se encontraba María, las dificultades de Belén, las palabras oídas a Simón en el Templo, la huida a Egipto; la vida sin recursos en un país extraño; la vuelta de Egipto a la muerte de Herodes; la necesidad de ganar el sustento diario para la Sagrada Familia. Pero en todo momento fue fiel a la voluntad de Dios. El Señor le confió su familia y José no le defraudó; Dios se apoyó en él y él se mantuvo firme en toda clase de circunstancias.

Se ha dicho que san José es el hombre del santo encogimiento de hombros, al que todo le viene bien.

En segundo lugar, San José es un modelo de trabajador, es hombre de trabajo. Como nos dice el Papa Francisco en su carta «*Patris corde*», «san José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo». San José enseñó a trabajar a Jesús. San José nos da estas lecciones siendo, como fue, un hombre corriente, un padre de familia, un trabajador que se ganaba la vida con el esfuerzo de sus manos.

Y en tercer lugar, San José es también maestro de vida interior porque nos enseña a conocer a Jesús, a convivir con él y a tratarle. De san José decía santa Teresa de Jesús en el libro de su *Vida*: «Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro y no errará en el camino» (*Vida*, 6,3). La vida interior no es otra cosa que el trato asiduo e íntimo con Cristo, para identificarnos con él. En san José tenemos a todo un maestro en la vida de oración. Él nos enseña también a tratar con amor a la Virgen María.

Sigamos el modelo de vida de san José y acudamos siempre a su intercesión: «No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer» decía santa Teresa de Jesús. Por eso le pedimos al santo Patriarca que nos enseñe a cumplir con fidelidad la voluntad de Dios en nuestras vidas, a ser trabajadores y a cultivar y cuidar cada día la vida interior tan necesaria en nuestra relación con Dios.

Francisco Jerónimo Ruiz Gea
Director Espiritual del Seminario

Está claro que Dios llama a todos, pero en ocasiones cuesta saber cuál es el camino. A algunos los llamará al matrimonio, a otros a la vida religiosa y a otros al sacerdocio. Pero lo cierto es que sea cual sea el camino que tomes, Dios siempre está ahí, guardando tus pasos.

Ciertamente cuando hablamos de la llamada de Dios nos podríamos imaginar signos prodigiosos, conversiones impresionantes y en verdad casos como estos los hay. Pero también el Señor va actuando como una gota de agua que cae sobre la roca, que con el tiempo irrumpe hasta lo más hondo por muy dura que sea. Y cada día me convenzo más de ello, porque la vocación es una llamada especial dada al hombre por Dios, que requiere una respuesta. Así como una semilla necesita tierra fértil, agua y tiempo para producir una cosecha, la llamada de Dios requiere de un corazón dispuesto a ser moldeado para que pueda dar el fruto deseado en el futuro.

Siempre resulta difícil hablar de uno mismo y cuesta aún más cuando se trata de algo tan íntimo como la llamada de Dios, pero cuando pienso en mi vocación vienen a mi mente las palabras de Jesús en el Evangelio de san Juan que han marcado mi camino: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda». Y en mi caso lo he sentido así

desde muy joven. Dios ha estado en cada momento de mi vida sosteniéndome en los momentos más duros, aun cuando yo rehuía su llamada; Él ha ido puliendo poco a poco mi vocación como un diamante en bruto.

Los pensamientos sobre dedicarme a Dios comenzaron a acompañarme a la edad de 14 a 15 años. Entonces ya uno como joven empieza a tomar sus primeras decisiones. Pero no era nada claro; realmente tenía en mi interior una increíble dicotomía entre mis aspiraciones y las que sentía que Dios pedía de mí. De hecho, aunque parezca trivial, fue más tarde en esa etapa de la adolescencia cuando experimenté también por primera vez el estar «enamorado». Dios debe ser increíblemente cálido cuando permite que un

adolescente de 16 años experimente ese sentimiento que te enseña a conocerte a ti mismo, a la otra persona y compartir ilusiones. Es un regalo de Dios. Pero junto a ese sentimiento que vivía, estaba esa llama de la vocación que, aunque pequeña, no dejaba de inquietarme, si bien yo no creía del todo que aceptaría esta llamada, porque no me sentía lo suficientemente digno y seguro para tomar una decisión tan difícil pero hermosa. En este tiempo de discernimiento, especialmente cuando era estudiante de secundaria, la oración fue muy útil, pero también el conocer a la comunidad de padres agustinos, los cuales me empezaron a acompañar espiritualmente hasta que poco a poco el deseo de servir enteramente a Dios fue calando cada vez más en mí.

Aun así, al terminar la secundaria entré en la facultad de Medicina, con deseo de seguir con mis planes y aspiraciones personales. Pero el deseo de dejarlo todo cada vez estaba más en mi mente; por eso al poco tiempo decidí dar el paso y entré en la Orden de San Agustín. Pero como he dicho antes, mi vocación ha sido, o mejor dicho sigue siendo un proceso de maduración, y si bien la espiritualidad agustiniana caló profundamente en mí, el deseo de ser sacerdote secular rondaba aún en mi interior. Mi director espiritual me animó a buscar un seminario y a hablarlo con el superior. Providencialmente conocía un seminarista de esta diócesis que me habló de la gran necesidad de sacerdotes que había en la misma. Inmediatamente tuve la oportunidad de hablar con algunos curas de Almería que también me animaron, para dar el paso. Por eso creo que nada sucede por casualidad en la vida; personas que conocemos en nuestro camino, situaciones que experimentamos, éxitos y fracasos: todo tiene un propósito, Dios se vale de todos los medios para obrar. Si hoy estoy aquí es porque así Él lo quiso.

Actualmente estoy en el 4° curso y vivo con alegría esta llamada que un día recibí, por eso me gustaría animar a todos los que tienen dudas en su corazón y se preguntan si es el sacerdocio el camino por donde Dios los llama a no tener miedo de intentar tomar la decisión de ingresar al seminario. Creo que este es el lugar adecuado donde será posible, con la gracia de Dios, disipar con calma todas las dudas.

Eduardo Alberto Henríquez Osorio
Seminarista mayor.

De marzo a mayo de 2020: Crónica de un confinamiento

Uno de los acontecimientos por los que pasará a la historia el año 2020 es, evidentemente, la epidemia de covid19 que ha afectado al mundo entero y que, tratándose de España, desde el mes de marzo ha tenido un impacto directo en la vida de todos los ciudadanos. Cada familia, cada institución, podría relatar la historia de su particular vivencia de los meses de confinamiento (y posteriores períodos de

mayor relajación o de mayor restricción de las medidas de prevención), a veces en medio de circunstancias particularmente dolorosas. Por su parte, también esta difícil y aún no superada vicisitud ha afectado a la vida y funcionamiento del Seminario Diocesano de Almería. Y aunque hasta la fecha (a Dios gracias) no ha habido que lamentar ningún brote dentro del Seminario que haya afectado a la comunidad, dado lo excepcional e inusitado de la experiencia del confinamiento domiciliario merece la pena esbozar aquí una breve crónica de cómo la vivimos en el Seminario.

Si ya desde los primeros días de marzo de 2020 se sentía una preocupación cada vez mayor por el aumento paulatino de infectados por el SARS-CoV-2, la situación no parecía aún sumamente alarmante (sobre todo en la provincia de Almería) cuando, el miércoles 11 de marzo, la mayoría de nuestros seminaristas se desplazaban

a diversos pueblos de nuestra geografía diocesana para desarrollar en parroquias la campaña del día del Seminario, como se había venido haciendo cada año. Sin embargo, al día siguiente, el ejecutivo autonómico decidió la suspensión temporal de la actividad docente presencial en Andalucía. A raíz de ello, se decidió entonces que los seminaristas menores regresaran a los respectivos hogares familiares. Y ante la deriva de los acontecimientos, se vio la necesidad de convocar de inmediato a todos los seminaristas mayores desplazados en pueblos con motivo de la campaña, que regresaron el viernes 13 por la mañana. Al día siguiente, el Presidente del Gobierno de la Nación declaraba el estado de alarma por motivo de la epidemia, ordenando el confinamiento domiciliario de la población.

Consiguientemente, se decidió la suspensión de las clases presenciales en el Centro de Estudios Eclesiásticos de Almería, que debían pasar a impartirse de manera no presencial. Pocos días después, se decidía que los seminaristas mayores que, tras reflexionarlo, considerasen preferible pasar el confinamiento en el hogar familiar, pudieran dejar por ese tiempo de vivir en el seminario. En virtud de ello, el viernes 20 cuatro de los doce seminaristas mayores se marchaban con sus familias. Entretanto, en el Seminario se establecían normas de prevención más estrictas, como la observancia de la debida distancia entre los seminaristas (sobre todo en la capilla y en el comedor) y el uso de gel desinfectante, y se redistribuían las responsabilidades entre los ocho seminaristas mayores que durante todo este tiempo permanecerían en el edificio del Seminario, junto con sus formadores. En cuanto a aquellos que se marcharon a los hogares familiares, se procuró desde

entonces mantener un contacto frecuente con ellos, enviándoles durante el período del confinamiento reflexiones al evangelio de cada día, el texto de las charlas de formación, etc.

Durante este tiempo se procuró mantener en todo lo posible el ritmo de vida del Seminario, haciendo hincapié en la oración comunitaria (especialmente añadiendo el rezo diario del Santo Rosario), así como en el estudio personal, y continuando con normalidad el programa de formación humana y espiritual. Durante este tiempo, la comunidad se unirá a las diferentes convocatorias por parte de la Iglesia para orar por el fin de la pandemia, siguiendo por televisión el rezo retransmitido del Santo Rosario y posterior consagración de España y Portugal al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María convocados para el 25 de marzo, así como la oración y bendición *Urbi et Orbi* presidida por el Papa en Roma el día 27.

Uno de los hitos más singulares que trajo consigo el confinamiento fue la celebración de la Semana Santa (del 5 al 12 de abril) en el Seminario Mayor (observando para ello las disposiciones de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos y las indicaciones del Obispo diocesano), en la misma iglesia del Seminario, con la asistencia de la comunidad de misioneras agustinas recoletas que desarrollan su labor en el Seminario.

La semana siguiente, primera de pascua, habría sido para los seminaristas mayores, conforme a lo previsto

cada año en el calendario, una semana de asueto para pasar unos días en el hogar familiar o en la parroquia de referencia de cada uno. Pero ello, dadas las circunstancias, no resultaba posible para los seminaristas confinados en el Seminario. Así que, a fin de conseguir que dicha semana, pese a todo, mantuviese un carácter más distendido, se organizaron en el Seminario actividades más lúdicas, así como algunos talleres a cargo de seminaristas. El 2 de mayo por la tarde, víspera del Domingo del Buen Pastor, celebramos la oración por las vocaciones, a puerta cerrada y de un modo más modesto del que habría sido habitual, pero con el mismo deseo de rogar por el aumento de vocaciones a los diferentes estados de vida cristiana que entrañan una especial consagración a Dios.

Ya el día 8 de mayo, el Gobierno de la Nación anunciaba que la provincia de Almería se encontraba entre aquellas circunscripciones que entrarían el día 11 en la fase 1 de la llamada «desescalada». Al día siguiente, tuvo lugar el retiro de pascua del Seminario Mayor. Y el día 11, y tras haber sido convocados, regresaron al Seminario casi todos los seminaristas que habían pasado el confinamiento en sus casas, quedando ya la comunidad reintegrada al completo una semana y media después.

Naturalmente, el fin del confinamiento no supuso la vuelta a una absoluta normalidad en la vida del Seminario, en el que se mantienen las necesarias medidas de prevención; y la persistencia de la pandemia ha seguido limitando algunas de las actividades formativas y comunitarias. Tampoco ha cesado nuestra oración por el fin de esta situación, que hemos de seguir viviendo desde la fe y la esperanza cristiana; es decir, como ha enseñado el Papa Francisco, «como un tiempo de prueba y elección para que podamos orientar nuestras vidas de una manera renovada a Dios, nuestro apoyo y nuestra meta».

El autor de la Carta a los Hebreos nos dice: «Todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios…» (Hb 5,1). Este es el criterio que ha regido siempre mi vida sacerdotal, pues no ha habido otros objetivos más que mi relación con Dios y con el pueblo que en cada momento la Iglesia me ha encomendado. Puedo decir que el primer punto de mi programa pastoral ha sido «querer a la gente» desde el primer momento, respetando su realidad de vida, no la que yo me pudiera imaginar, sino la de ellos. Siempre he pensado que es el mejor método para servirlos mejor.

Por otra parte, san Juan nos dice que «a Dios nadie lo ha visto jamás. Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer» (Jn 1,18). Ha sido este Dios, hecho carne y manifestado en la persona de Jesucristo, quien me ha servido únicamente de modelo. Yo no podía seguir a ningún «dios» que no fuera el que Jesucristo nos ha mostrado.

Aunque soy consciente de que no puedo presentarme como modelo de nada, no obstante, me decido a reflejar en estas líneas lo que ha sido mi vida sacerdotal a lo largo de casi 52 años y por lo que doy mil gracias a Dios.

Dios ha sido bueno conmigo llamándome a servirle en su Iglesia, pues desde siempre he sentido deseo de ser sacerdote. Debo decir que todo empezó en mi bautismo: según me contaban mis padres y mis hermanas mayores, D. Rafael Ortega Barrios me administró el sacramento del Bautismo y, al terminar la ceremonia, me ofreció a la Santísima Virgen, en el trascoro de la Catedral, pidiéndole a ella que fuera «un buen sacerdote»; y en ello estoy, a pesar de mis limitaciones y debilidades. Por supuesto que mis padres colaboraron con la gracia de Dios, dándome una formación religiosa y moral, hecho que también agradezco.

Mi vida sacerdotal se ha desarrollado durante 34 años por los distintos

pueblos: Paterna del Río, con la barriada de Guarros, y Bayárcal; Uleila del Campo, Benitagla, Benizalón con Fuente de la Higuera y el Cerro de Monteagud, donde se venera la imagen de la Virgen de la Cabeza; Olula del Río, Fines y Urrácal; Níjar, Huebro, Polopos, Barranquete y las otras barriadas no parroquias de Venta del Pobre, Saladar y Leche, El Viso y Los Albaricoques; Carboneras, Gafarillos y las barriadas de Aguamarga, El Llano de Don Antonio, El Argamasón; Aguadulce con la Residencia Puertosalud. Y el resto del tiempo he servido a la Iglesia en la ciudad: San Ildefonso, Hospital Torrecárdenas, San Francisco de Asís, la Residencia Ballesol y, por último, Santa Teresa de Jesús y, como canónigo, en la S.A.I. Catedral de la Encarnación. Y no quiero ni puedo olvidar las cuatro Hermandades de las que he sido Consiliario: Macarena, Perdón, Pasión y Caridad. También, en la actualidad, la Capellanía de las Religiosas de María Inmaculada, además de Consiliario de Manos Unidas.

¿Dónde me he encontrado mejor? No sabría decirlo, pues, como nunca he buscado mi comodidad, siempre me he sentido feliz, hasta el punto de que en cada traslado –y han sido bastantes– han aparecido las lágrimas. Pero eso no ha sido obstáculo para empezar a querer desde el primer momento a la nueva comunidad encomendada.

Siempre he tenido claro, y lo he tenido presente en todo momento, que he ido a servir a un pueblo y no a servirme de él; aunque el haber pasado por tantas parroquias y otros servicios como profesor de Religión, pastoral de enfermos y capellán de un santuario, etc., me ha enriquecido interiormente y me ha ayudado a conocer las distintas parcelas de la pastoral diocesana.

Hay un tema que siempre me ha dolido oírlo o verlo en otras personas: «Aquí mando yo porque el párroco soy yo». Ya sé que, a veces, hay que tomar decisiones que no siempre agradan a todos, pero los feligreses siempre me han merecido todo el respeto del mundo y no cuesta trabajo, con una pequeña dosis de humildad, dar explicaciones, si es que las hay, en lugar de utilizar la desagradable frase mencionada.

Mi entrega a las distintas parroquias siempre ha sido total: jamás he tenido un día libre cada semana; cada día de la semana se ha celebrado la Misa en la parroquia principal. Es cierto que algunos años he tenido unos días de vacaciones, pero dejando a un compañero para que pudiera

suplir. Otras veces las vacaciones han sido de lunes a viernes, volviendo a la parroquia para atenderla sábado y domingo.

Aunque yo resumiría todo este tiempo con las palabras que algunos ya conocen y que adopté como mías al cumplir los 50 años de sacerdocio: ¡Cincuenta años, Señor!, consagrado a tu servicio, celebrando el sacrificio incruento de tu amor. ¡Cincuenta años, Señor!, soy canal de tu ternura, trocando inocente y pura el alma del pecador. ¡Cincuenta años, Señor!, repartiendo día a día tu Sagrada Eucaristía a las almas, con fervor. Por las misas celebradas, por las almas redimidas, por las hostias repartidas en la comida sagrada, sólo te pido, Señor, en este día, me concedas más amor, para servirte mejor lo que me reste de vida.

Francisco Salazar Zamora
Sacerdote de la Diócesis de Almería.

Llamó a los que quiso para que estuvieran con él

«Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios: Simón, a quien puso el nombre de Pedro, Santiago el de Zebedeo, y Juan, el hermano de Santiago, a quienes puso el nombre de Boanerges, es decir, los hijos del trueno, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el de Caná y Judas Iscariote, el que lo entregó». (Mc 3,13-19).

Jesús eligió a un grupo de personas, a las cuales confirió su propia misión y autoridad. Es una elección en la que solo cuenta la voluntad de Jesús, su predilección y su amor. Es una elección gratuita, es decir, no por sus méritos o capacidades, sino porque quiso. Y los llamó para una doble finalidad: para estar con él (formar una comunidad) y para enviarlos a predicar (para trabajar juntos en la Misión).

Es una doble finalidad, sí, pues, para afrontar esta encomiable misión de predicar, es necesario primero estar con él, aprender de él, llenarse de él. Solo aquel que experimenta el amor de Dios es capaz de comunicarlo, solo aquel que se llena de la fuente de agua viva es capaz de calmar la sed de los demás.

Como decía el papa Benedicto XVI, los llamó para que «compartieran su vida y aprendieran directamente de él no solo el estilo de su comportamiento, sino sobre todo quién era él realmente, pues solo así, participando

en su vida, podían conocerlo y luego anunciarlo» (Audiencia general de 6 de septiembre de 2006). ¿Cómo podríamos conocer a alguien si nos alejamos de él? Por eso Dios nos llama a conocerlo, a entrar en intimidad con Él.

Y así, el seminario se convierte en un tiempo realmente propicio para cumplir esta primera finalidad. El seminario es el lugar para conocer en profundidad al Maestro, es el lugar para entablar una verdadera e íntima relación con Dios, es el lugar donde entrar en un contacto de escucha, de respuesta y de comunión de vida con Jesús, día tras día. El seminario se convierte para el seminarista en un «estar con él».

Y esto, necesariamente nos lleva al anuncio de la Palabra, pues el «contacto» con Cristo ha de aspirar a «contagiar» de Cristo a todos los hombres. Solo después de estar con él nos podremos convertir en verdaderos apóstoles del Evangelio y continuadores de la misión de Jesús.

Sin embargo, estas dos dimensiones de la llamada no son independientes, no elimina la una a la otra, pues el apóstol de Cristo ha de estar siempre en permanente relación con él y aspirar a la más perfecta unión, ya que, como dice san Pablo, somos cartas de Cristo, escritas, no con tinta, sino con el Espíritu Santo, no en tablas de piedra, sino en el corazón (cf. 2 Cor 3,2-4). El apóstol ha de identificarse plenamente con Cristo, ser otro Cristo y proclamar aquello que le hace rebosar el corazón.

Así pues, os animo a seguir creciendo en esta intimidad con Dios, a no abandonar nunca la oración y el trato con Él. Tengamos presente la figura que este año nos ha querido presentar la Iglesia y que esta campaña del seminario ha querido recoger: san José, modelo de virtud y de confianza en Dios que siempre tuvo claro que el centro de su vida era Dios y que a Él solo debía seguir.

El Señor nos ha llamado a estar con Él, acudamos, pues, con alegría a su encuentro, porque solo Dios puede colmar todos nuestros anhelos, como decía san Agustín: «Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (*Las Confesiones*, I, 1, 1).

Cristo José Acién Mayor
Formador del Seminario Menor

Testimonio de mi vocación

Mi nombre es Pablo Torres Torres, tengo 13 años y soy de la Parroquia de Nuestra Señora de Retamar, de un barrio de Almería. Estudio en el Colegio Diocesano de san Ildefonso y actualmente estoy en 2º de la ESO. Este es mi primer año en el Seminario.

Mi vocación empezó cuando tan solo tenía unos 8 años, un poco antes de recibir la primera comunión. Tengo que dar gracias a mi abuela Juani y a mi tía Carmela, que desde que era pequeño me llevaban a la procesión de la Virgen del Mar, patrona de Almería y a la iglesia de su barrio, san José Obrero, de la capital. También tengo que dar gracias a mi abuela Nieves, que me llevaba todos los años al embarque de la Virgen del Carmen del Alquián y a la procesión del barrio de san Vicente de Paúl. A ellas debo en gran parte mi vocación, pues me hicieron descubrir al Señor y a su Madre Santísima.

Me acuerdo como si fuera ayer cuando empecé a ir a las convivencias en el Seminario de Almería, a las que D. Joaquín, párroco por entonces de Retamar, me invitó a ir. Allí me empecé a dar cuenta de lo que el Señor quería de mí. Por entonces comenzó a crecer mi devoción por la patrona de mi barrio, Nuestra Señora de Retamar.

Ese mismo año, tras haber hecho la comunión, asistí por primera vez a la procesión del Corpus Christi, y de nuevo, volví a sentir que el Señor y la Virgen querían que fuera sacerdote. Sin embargo, aún tenía ciertas dudas, ya que dejaba muchas cosas atrás para solamente dedicarme al Señor en cuerpo y alma.

Dos años antes de entrar al seminario, conocí el pueblo de Ocaña. En su iglesia encontré a la patrona de aquel pueblo, la Virgen de la Salud. Cuando la vi me quedé asombrado, pues desde hacía un tiempo yo tenía en mi casa una virgen con la misma advocación, a la que le tengo mucho cariño. Al verla sentí que el Señor volvía a dejarme claro cuál era mi camino. Además, la buena gente de Ocaña me animó mucho para que diera este paso y entrara definitivamente al Seminario.

Como no podía entrar todavía, hasta que no pasara a la ESO, seguí asistiendo a mi parroquia. Por entonces conocí a Marisol, la sacristana de mi parroquia. Con ella comencé a rezar el rosario, y no lo he dejado de rezar ningún día desde entonces. Me ayudó mucho a seguir afianzando mi vocación y mi amor a la Virgen, especialmente a Nuestra Señora de Retamar.

Tras muchos intentos, pues yo lo tenía claro, pero no todos mis familiares lo tenían tan claro, conseguí entrar al Seminario. Les costó trabajo aceptarlo, pero yo sé que ellos están felices viendo que yo soy feliz en este camino al que el Señor me ha llamado.

Le pido al Señor y a Nuestra Señora de Retamar que sigan acompañándome y ayudándome para seguir siendo fiel y así un día pueda ser un verdadero sacerdote de Jesucristo que anuncie su Palabra allí donde la Iglesia me mande.

Pablo Torres Torres
Seminarista menor

SORTEO PRO-SEMINARIO DIOCESANO

Al premiado: una talla antigua de san José procedente de los talleres de Olot

A la parroquia de pertenencia: una cesta de varios objetos y consumibles litúrgicos

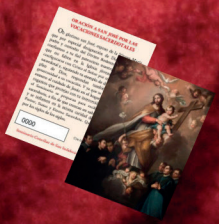
Donativo

1€

1 de mayo de 2021

Fiesta de S. José Obrero

Seminario Conciliar de San Indalecio de Almería



Algunas actividades y acontecimientos del último año

Admisión a órdenes de Eduardo A. Henríquez y Jesús M. Rodes

Institución de Aaron F. Zanca como lector

Ordenación diaconal de Cristo J. Acién

Ejercicios espirituales de los seminaristas mayores

Peregrinación de los seminaristas mayores al Santuario del Saliente

Algunas actividades y acontecimientos del último año

Visita al Museo de Almería

Inauguración del curso académico

Visita de D. Alfonso Arcas

Peregrinación de los seminaristas mayores a María

Peregrinación de los seminaristas menores a Berja

Confirmación del seminarista menor
Francisco J. Hernández

Campaña del Día del Seminario 2020

Visita de D. Manuel Cuadrado

Vigilia de oración por las vocaciones sacerdotales

Visita de las hnas. misioneras agustinas recoletas

Ordenación presbiteral de D. Cristo J. Acién, formador del Seminario Menor

COLABORA CON NOSOTROS

Esta revista se publica en el marco de la Campaña del Día del Seminario, que todos los años supone un paréntesis en la actividad habitual de los seminaristas mayores. En los días que dura dicha Campaña, que este año será del 11 al 14 de marzo, los seminaristas se distribuyen por diferentes parroquias, colegios o institutos de nuestra Diócesis a fin de recordar a los feligreses la importancia y la necesidad apremiante de contar con más sacerdotes, de dar a conocer el Seminario, de alentar al seguimiento a la llamada de Dios y de suscitar el apoyo de los fieles mediante la oración y la cooperación material. Y aunque en esta ocasión la situación de pandemia va a exigir limitar los desplazamientos y reducir las actividades de la Campaña, confiamos en que, un año más, sirva para reavivar en el pueblo fiel la conciencia de que el fomento y cultivo de las vocaciones sacerdotales es responsabilidad de todos.

En este sentido, también desde estas páginas solicitamos la oración de todos por estas intenciones; al tiempo que pedimos la colaboración económica para que se pueda llevar adelante esta labor de formación de los llamados al sacerdocio, a veces carentes de los suficientes recursos. Para ello, indicamos a continuación el número de cuenta del Seminario Diocesano de Almería, para que puedan realizar su donativo puntual o periódico, contando además con que este tipo de ayuda tiene efectos en orden a la desgravación fiscal si se solicita el certificado correspondiente (escribiendo a nuestra dirección de correo electrónico seminarioconciliar@diocesisalmeria.es o llamando al teléfono 950 22 08 00).

Número de cuenta (Unicaja): ES58 2103 0860 1800 3000 2282

Muchas gracias por su colaboración.

1. Para empezar, ¿podrías realizar una pequeña presentación personal?

Hola, mi nombre es Mario Fernández Valverde, tengo 14 años y soy de un pequeño pueblo de Almeria llamado Pulpí. Estudio en el Centro de Enseñanza Obligatoria, IES Mar Serena, y estoy cursando tercero de la ESO. Soy una persona atrevida que no tiene miedo a los retos que la vida me presenta, simpático, innovador, aunque en algunas cosas tímido, por ejemplo el hecho de salir a leer las peticiones en Misa o de leer alguna lectura, es una cosa que pone nervioso a todo el mundo. También me gusta ayudar mucho en mi parroquia, tanto de monaguillo como en las actividades que surjan.

2. ¿Puedes contarnos cómo y cuándo conociste el Seminario?

Conocí el seminario hace dos años, estuve en una de las convivencias vocacionales con otros monaguillos de la parroquia. Lo conocí gracias a mi párroco Alberto Murillo, y a los seminaristas que después vinieron a la parroquia, fue cuando me interesé por saber mucho más acerca del Seminario.

3. ¿Qué significa para ti ser preseminarista?

Para mí, ser preseminarista es un privilegio que no todos reciben y por ello doy gracias a Dios. Me siento como uno más de aquellos que Dios ha llamado. Viendo lo que hace el sacerdote, me gustaría un día, si Dios quiere, poder hacer lo mismo en algún pueblo.

4. ¿Cómo es tu relación con tu parroquia? ¿Qué supone para ti ser un cristiano comprometido y preseminarista en tu relación con tus compañeros de clase, tus amigos?

Despues de la Primera Comunión, estuve alejado un año casi, como lo hace todo el mundo. Aquel año el profesor de religión nos dijo que había

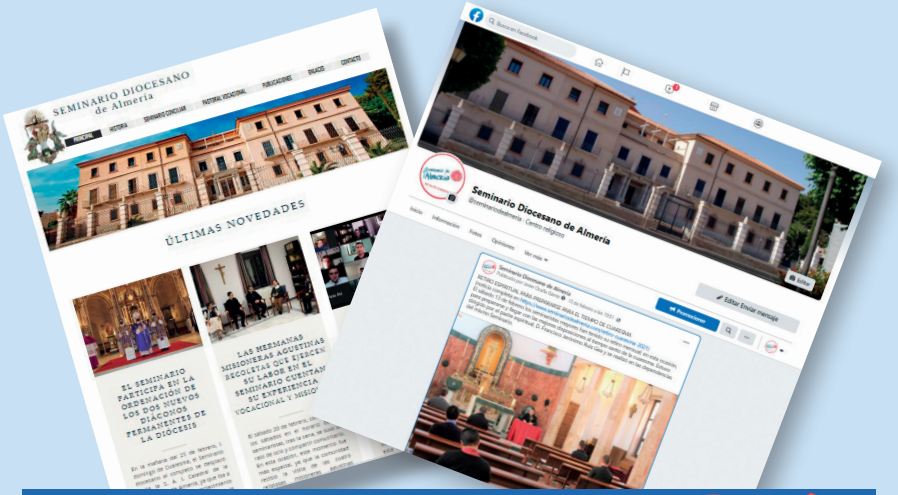
empezado la catequesis de confirmación y me inscribí. El primer día, el párroco se acercó y dijo que necesitaba monaguillos y también me apunté, fui, me gustó, y desde entonces, mi vida cambió, empecé a asistir a Misa, rezar, confesar y hasta hoy, y desde hace un año, soy también preseminarista. Ayudo también en la catequesis, participo de la formación bíblica, y procuro ayudar en todas las actividades que oraganiza la parroquia para evangelizar a traves de los medios de comunicación.

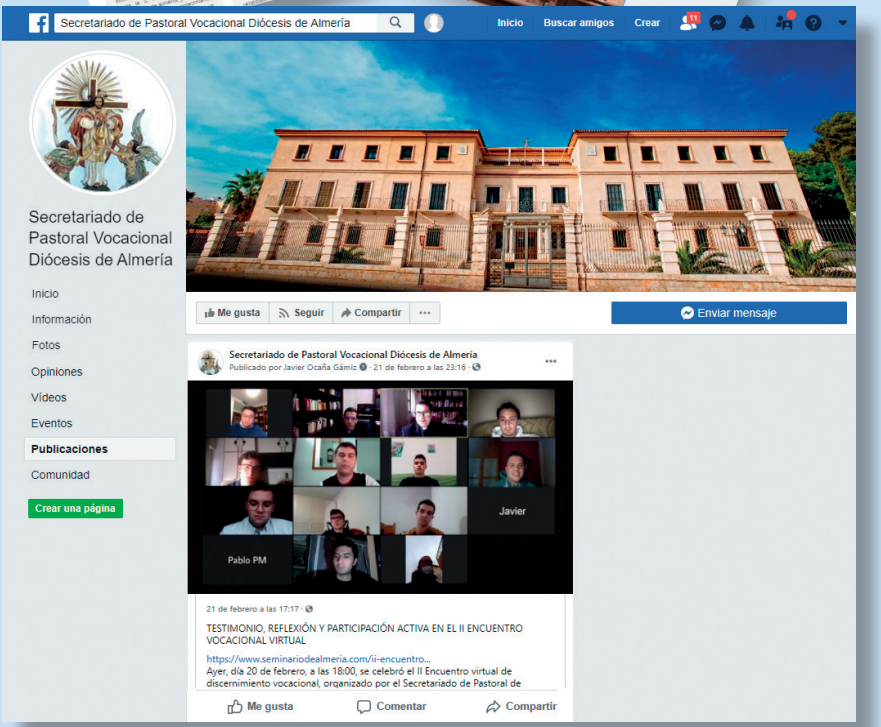
Con respecto a mis compañeros, al principio, me preguntaban si quería ser sacerdote y yo les decía: que sí ¿por qué no? Al principio se reían, pero se fueron dando cuenta de que no era un juego, sino algo muy serio. Aunque no todos lo entendían, yo estaba seguro de seguir la llamada que había sentido en mi corazón, por parte de Jesús.

5. ¿Qué le dirías a un joven que siente inquietud por la vocación al sacerdocio?

Que no tenga miedo y si siente inquietudes, que hable con el párroco, o si conoce algún seminarista que le pregunte cosas del Seminario y que asistiera a las convivencias que hace el Seminario. También que hay que rezar y encomendarse al Señor y a la Virgen en todo momento.

Síguenos en nuestra página web y en las redes sociales

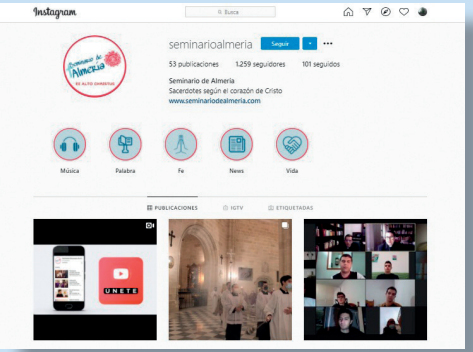




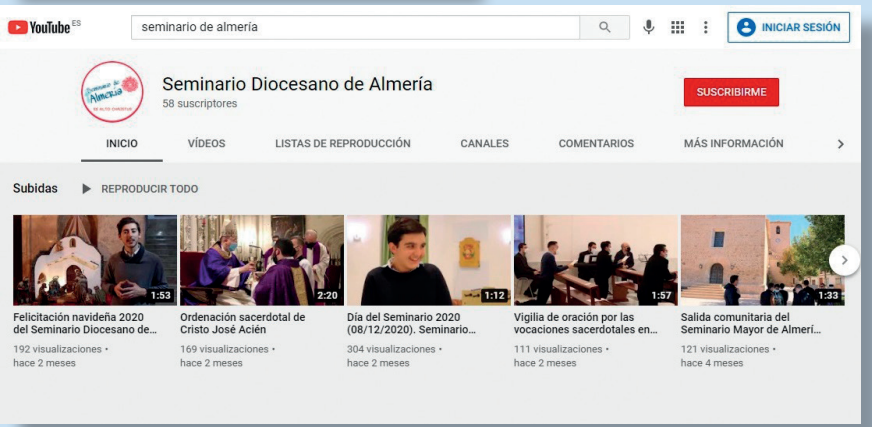
Síguenos en nuestra página web y en las redes sociales

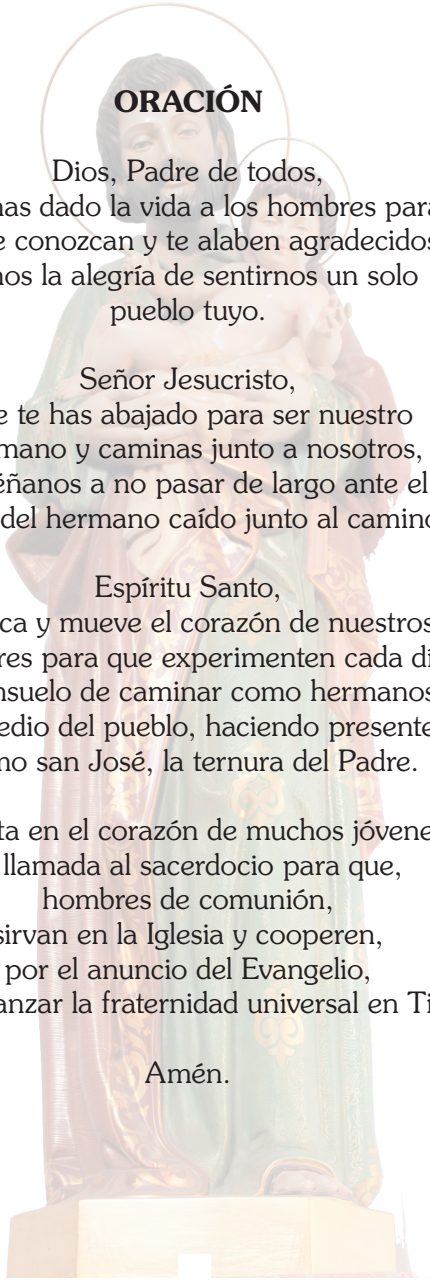
Puedes estar al tanto de nuestras noticias y avisos visitando nuestra página web **www.seminariodealmeria.com**, totalmente renovada recientemente, y por medio de la cual queremos dar a conocer los aspectos más destacados y las últimas novedades acerca del Seminario, Mayor y Menor.

También puedes seguirnos en **Facebook,** tanto en la página «**Seminario Diocesano de Almería**» como en «**Secretariado de Pastoral Vocacional Diócesis de Almería**», que actualizamos frecuentemente. Asimismo, desde hace unos meses estamos también presentes en **Instagram (@seminarioalmeria).**



Y para estar atento a los vídeos que vamos elaborando y publicando, suscríbete a nuestro canal de **YouTube** «**Seminario Diocesano de Almería**».





ORACIÓN

Dios, Padre de todos,
que has dado la vida a los hombres para
que te conozcan y te alaben agradecidos,
danos la alegría de sentirnos un solo
pueblo tuyo.

Señor Jesucristo,
que te has abajado para ser nuestro
hermano y caminas junto a nosotros,
enséñanos a no pasar de largo ante el
dolor del hermano caído junto al camino.

Espíritu Santo,
vivifica y mueve el corazón de nuestros
pastores para que experimenten cada día
el consuelo de caminar como hermanos,
en medio del pueblo, haciendo presente,
como san José, la ternura del Padre.

Alienta en el corazón de muchos jóvenes
la llamada al sacerdocio para que,
hombres de comunión,
sirvan en la Iglesia y cooperen,
por el anuncio del Evangelio,
a alcanzar la fraternidad universal en Ti.

Amén.

DÍA DEL SEMINARIO 2021

19 de marzo

Padre y hermano, como san José

SECRETARIADO DE PASTORAL DE LAS VOCACIONES